

EL STABAT MATER.



Entre el altar de la muerte de Jesús y el de la Crucifixion hay otro arrimado al estribo que se apoya en el muro oriental del Calvario y separa aquellos dos santuarios augustos. Denominase del *Stabat Mater* porque allí, en efecto, estaba la Virgen Santísima con las otras santas mujeres y San Juan, mientras el Salvador del mundo pendía de la Cruz. «Y estaban junto á la Cruz de Jesús su Madre y la hermana de su Madre, María de Cleofás y María Magdalena. Y como vió Jesús á su Madre y al discípulo que amaba, que estaba allí, dijo á su Madre: «Mujer, hé ahí tu hijo.» Despues dijo al discípulo: «Hé ahí tu madre.»

Y desde aquella hora el discípulo la recibió por suya.

Desde aquí tambien asistió la Madre á la muerte del Hijo amantísimo: con qué amargura, solo Dios podria expresarlo. Y no solo María y las santas mujeres y el discípulo amado presenciaron, traspasados de amargura, la muerte del Salvador. *Aquella grande voz con que entregó el espíritu* estremeció en sus más ocultos senos á la misma naturaleza inanimada, que parecia próxima á desaparecer con la muerte de su Creador.

«Y hé aquí que se rasgó el velo del templo en dos partes de alto á bajo, y tembló la tierra, y se hendieron las piedras.

»Y se abrieron los sepulcros, y muchos cuerpos de Santos que habian muerto resucitaron.

»Y saliendo de los sepulcros despues de la resurreccion, vinieron á la Santa Ciudad y aparecieron á muchos.

»Mas el Centurion y los que con él estaban guardando á Jesús, visto el terremoto y las cosas que pasaban, tuvieron grande miedo y decian: verdaderamente Hijo de Dios era este.

»Y estaban allí muchas mujeres á lo léjos, que habian seguido á Jesús desde Galilea, sirviéndole.

»Entre las cuales estaban María Magdalena y María, madre de Santiago y de José, y la madre de los hijos del Zebedeo.»

Claro está que la filosofía impía y escéptica, que no conoce otro argumento que el sarcasmo y la bufonada, había de hacer chacota de la relación del sagrado texto, pero, como sucede siempre, la impiedad ha tenido que rendirse ante el testimonio unánime de la crítica histórica, de la geología y de la astronomía. Tácito, hablando del gran terremoto acaecido en el imperio de Tiberio, dice que se hundieron montes inmensos, alzáronse llanuras y brilló el rayo entre las ruinas amontonadas por tan terrible estrago. La mismo refiere Suetonio; Flegon de Tralles, que florecía en el imperio de Adriano, escribe que en el año IV de la Olimpiada CC, que es cabalmente el de la muerte del Salvador, se verificó el eclipse de sol más prolongado que se vió jamás, y un espantoso terremoto que arruinó muchas casas de la ciudad de Micea, en Bitinia.

Es bien conocido el testimonio de San Dionisio Areopagita, cuya conversión fué preparando la gracia divina mediante el estupendo prodigio. A la vista de un eclipse tan contrario á las leyes del orden de la naturaleza, el sábio individuo del Areópago de Atenas no pudo ménos de exclamar profundamente impresionado: «O el Universo perece, ó el Criador padece»; á lo que su condiscípulo Apolonio, no ménos aterrado que él repuso: «son cambios sobrenaturales y divinos.»

Tertuliano, que nació poco despues de mediado el siglo II de la era cristiana, recomendaba á los gentiles que acudiesen, para persuadirse del milagro, á los archivos públicos. «¡Ah!, repetirémos aquí con Mons. Mislin, si se prestase igual interés á las cosas divinas que á las de la tierra, y si se viniesen á meditar á este sitio los acontecimientos que en él tuvieron lugar, no creo que se pudiese pasar una hora en el Calvario sin exclamar con el Centurion y los soldados que custodiaban á Jesús: VERDADERAMENTE ESTE HOMBRE ERA HIJO DE DIOS.»

